

FUENTES LITERARIAS PARA LA GEOGRAFÍA DEL CONSUMO: EJEMPLOS ASTURIANOS

Francisco Feo Parrondo

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Análisis de cinco obras literarias que nos permiten conocer la evolución del consumo en Asturias a lo largo del último siglo desde una perspectiva social complementaria de la que ofrecen las fuentes estadísticas.

Palabras clave: Consumo, Asturias, fuentes literarias.

SUMMARY

Analysis of five literary works which enable us to understand the development of consumption in Asturias throughout the last century from a social perspective which complements that offered by statistical resources.

Key words: Consumption, Asturias, literary resources.

1. INTRODUCCIÓN

Hace ya casi un cuarto de siglo, en estas mismas páginas de «Papeles de Geografía», Vicente Bielza de Ory se lamentaba de la ausencia de estadísticas sobre consumo, «sin las cuales mal se podía elaborar una geografía del consumo» (Bielza, 1976-77, pp. 93). La fiebre productivista de los sesenta había contribuido a que se relegase el consumo como objeto de estudio geográfico y se considerase más propio de economistas aunque a éstos les preocupase también más el conocimiento de la producción.

Aunque existían series de precios en España que permitían seguir el «coste de la vida» desde los años treinta, el consumo sólo ocupó un lugar importante en la sociedad española desde los años sesenta (Alonso y Conde, 1994, pp. 17) y serán las Encuestas de Presu-

Fecha de Recepción: 15 de noviembre de 1999.

* Departamento de Geografía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. 28049 MADRID (España).

puestos Familiares de 1973-74, 1980-81 y 1990-91 las que nos permitan conocer mejor el consumo de los españoles, pese a sus numerosas deficiencias (Feo Parrondo, en prensa) y a las dificultades que presenta su armonización (para un posible análisis comparado) con las de otros países de la Unión Europea (Feo Parrondo, 1999, pp. 29-31).

Este déficit tradicional de fuentes estadísticas se puede subsanar parcialmente con el uso de textos literarios. Como ha apuntado C. Carreras, «resulta ya tradicional en Geografía, como en el resto de las Ciencias Sociales, el uso de textos literarios en algún momento de la confección de un trabajo científico» (Carreras, 1998, pp. 163). Este proceso se acentúa con el enfoque humanista en Geografía Humana desde finales de los setenta cuando no se busca tanto explicar científicamente el territorio como comprenderlo, recuperando una tradición que los enfoques cuantitativo y radical habían marginado entre 1950 y 1980 con la consiguiente pérdida de calidad y detalle expositivos. Dado que el conocimiento geográfico requiere aproximaciones plurales y convergentes, esta lectura cultural no debe entenderse como ajena a los modelos científicos sino como una parte más de los mismos. Coincidimos con Nicolás Ortega cuando afirma que «el sentido cultural del punto de vista geográfico (...) conlleva la constante apertura a otras modalidades de representación del mundo. Tanto a aquellas que proceden de otros campos como a las que se expresan en las percepciones más o menos espontáneas y personales de los individuos o a través de sus elaboraciones literarias y, en general, artísticas. Interesa entender cómo se representan los hombres lo geográfico —la naturaleza, el paisaje, el espacio, las relaciones que conectan analógicamente lo exterior y lo interior— y para ello es necesario aguzar la sensibilidad» (Ortega Cantero, 1987, pp. 111). Siguiendo a este autor, para quien «el conocimiento geográfico precisa inteligencia y sensibilidad» (Ortega Cantero, 1987, pp. 80) hemos buscado ambos apoyos en los escritores seleccionados.

Carreras apuntaba hace ya más de una década que «el primer problema teórico que presenta la utilización de las fuentes literarias para un estudio geográfico es el que se deriva de la subjetividad que dichas fuentes necesariamente entrañan. De entrada, y en cuanto a este primer problema, debe afirmarse que estas fuentes literarias suponen una clara ventaja respecto a cualquier otro tipo de fuente, por lo menos en el sentido de que su enfoque subjetivo queda explícito (...). En segundo lugar, debe señalarse que esta característica explícitamente subjetiva de las fuentes literarias permite, por añadidura, plantear, a su vez, el problema de la posible objetividad de cualquier otra de las fuentes utilizadas en otras geografías» (Carreras, 1988, pp. 167). Coincidimos con Carreras cuando señala que «como con cualquier otro tipo de fuentes, el rigor analítico es imprescindible, más allá de la búsqueda dilatante de las citas que permitan esmaltar el texto final» (Carreras, 1998, pp. 169).

Nuestro objetivo ha sido seleccionar obras representativas de las distintas etapas del consumo en Asturias a lo largo del último siglo. Por razones de espacio hemos tenido que reducir drásticamente el número a cinco ya que en dicho periodo han sido muy numerosas las obras literarias ambientadas en el Principado¹.

¹ A las obras seleccionadas se podrían añadir otras de estos autores, además de incluir las de otros muchos que ubicaron algunas de sus obras en distintas zonas de Asturias: Concha Espina, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Ciges Aparicio, Isidoro Acevedo, Constantino Suárez, Miguel Hernández, Dolores Medio, Fernando Morán, Mauro Muñiz, Oscar Muñiz, Luciano Castañón, etc.

2. CLARÍN (ALAS, LEOPOLDO): «LA REGENTA» (1884)

Si una obra literaria es asociada al Principado de Asturias ésta es, sin duda, «La Regenta» de Leopoldo Alas (Clarín), publicada por primera vez en 1884 y que refleja magistralmente la sociedad ovetense del último tercio del siglo XIX.

Numerosas son las referencias al consumo de alimentos. En la descripción inicial de Vetusta ya apunta que la ciudad «hacía la digestión del cocido y de la olla podrida». Posteriormente señala que la dieta alimenticia era mucho más variada entre la aristocracia local: seguían recetas inglesas, francesas e italianas del libro «El Cocinero Europeo» en las comidas o meriendas en casa del marqués de Vegallana (pp. 89) a las que llegaban, de todos los rincones de la provincia, liebres, conejos, perdices, salmones, truchas, capones, gallinas, etc., enviados por sus colonos (pp. 151). En su despensa se almacenaban gallinas, anguilas, jamones, morcillas, chorizos y todo tipo de frutas: peras, manzanas, nueces, avellanas, castañas, naranjas, limones, etc. (pp. 151). Aquella despensa era «exposición permanente de lo más apetecible que cría la provincia» (pp. 152). También llegaban carnes en conserva de Estados Unidos (pp. 71).

En algunas fiestas de la clase alta, «la cena era breve, pero buena: platos fuertes, buen champaña; en fin, como decía el Marqués, primero mar y pimienta, después fantasía y alcohol» (pp. 517). En Navidad, los Ozores cenaron pavo relleno de nueces que les habían enviado de León y vino de Valdiñón (pp. 610).

Pese a la religiosidad imperante, no faltaban en Vetusta ciertos librepensadores que comían carne en un restaurante el Viernes Santo (pp. 34). También los había con una dieta restringida (la de Paez no comía garbanzos) porque comer poco «era el colmo del romanticismo» (pp. 328).

Tampoco faltan referencias a la vestimenta de las clases altas ovetenses, en las que predominaban las modas de importación, algunas ropas muy ajustadas y provocativas (como las de Obdulia Fandiño) (pp. 29), calificadas por el Deán como escandalosas (pp. 38). Algunos aristócratas encargaban ropa a Madrid y otros como Alvaro Mesía se vestía en París y las vetustenses «no saben salir de las tiendas de modas» (pp. 175).

En las descripciones de las viviendas se hace referencia al consumo de mobiliario: los muebles del salón y la chimenea del gabinete de la marquesa de Vegallana estaban copiados de una sala de Versalles (pp. 141-142). Los muebles eran lujosos pero mal combinados por los continuos cambios de la marquesa que se inclinaba por hacerlos confortables y cómodos: casi todos servían para acostarse: sillas largas, mecedoras, taburetes, sofás, etc.

El tiempo de ocio de la aristocracia incluía paseos por las tardes cuando no llovía y visita al casino cuando lo hacía. En este último se jugaba al dominó, billar, ajedrez, a las cartas y otros juegos prohibidos. Pocos leían y casi sólo la prensa.

La asistencia al teatro tenía limitaciones: «en Vetusta los beatos y todo el mundo devoto consideraban al teatro como recreo prohibido en toda la cuaresma y algunos otros días del año, entre ellos el de Todos los Santos. Muchas señoras abonadas habían dejado su palco desierto la noche anterior» (pp. 355).

Parte de la élite ovetense abandonaba la capital en verano y se trasladaba a baños o casas de aldea de las que eran dueños y en las que aprovechaban para cobrar rentas coin-

ciendo con las cosechas (pp. 465), o para pescar truchas, cazar, leer (pp. 576), acudir a fiestas amenizadas por gaitas, etc.

Esta situación de altos niveles de consumo no impedían que, tras enviudar, la Regenta tuviera escasez de alimentos y pensara en pedir la orfandad como hija de militar y un amigo solicitó (falsificando su firma) la paga de viudedad que le llegó un mes después y «era tal la necesidad, tan imposible que por otro camino tuviera ella lo suficiente para vivir, que la Regenta, después de llorar y rehusar cien veces, aceptó el dinero triste de la viudez y en adelante firmó ella los documentos» (pp. 672).

Clarín relata también el consumo de algunos clérigos como el Provisor, con un modesto ajuar: «entre su madre y él puede que no gasten doce mil reales al año» (pp. 199) aunque él vista con elegancia y ella «con su hábito negro de Santa Rita, total estameña, su mantón apretado a la espalda y su pañuelo de seda para la cabeza, bien pegado a las sienes, ya está vestida para todo el año» (pp. 199). A su criada jamás se la ha visto «comprar salmón, y besugo sólo cuando está barato, muy barato» (pp. 199). La casa era considerada una «cabaña limpia, es la casa de un verdadero sacerdote» con sillas viejas y con funda, etc.

Leopoldo Alas hace también mención a los cambios en el consumo de las zonas mineras, como Matalerejo, en las que los ingresos de los niños que trabajan en las minas y fábricas se convierten en «la semilla de la avaricia arrojada en aquellos corazones tiernos, semilla de metal que se incrusta en las entrañas y jamás se arranca de allí. Paula veía en su casa la miseria todos los días; o faltaba pan para cenar o para comer; el padre gastaba en la taberna y en el juego lo que ganaba en la mina» (pp. 306). Esta situación era bastante generalizada: «la taberna prosperaba. Los mineros la encontraban al salir a la claridad, y allí, sin dar otro paso, apagaban la sed y el hambre, y la pasión del juego que dominaba a casi todos» (pp. 310-311). Las ganancias de la taberna eran notables: «en cualquier otra industria que emprendiese, con sus pocos recursos, no podría ganar la décima parte de lo que iba ganando allí. Los mineros salían de la oscuridad con el bolsillo repleto, la sed y el hambre excitadas; pagaban bien, derrochaban y comían y bebían veneno barato en calidad de vino y manjares buenos y caros. En la taberna de Paula todo era falsificado; ella compraba lo peor de lo peor, y los borrachos lo comían y bebían sin saber lo que tragaban, y los jugadores sin mirarlo siquiera, fija el alma en los naipes. El consumo era mucho, la ganancia en cada artículo considerable» (pp. 312). Esta situación aparece reflejada en la obra siguiente y en numerosos estudios de fines del XIX.

3. PALACIO VALDÉS, ARMANDO: «LA ALDEA PERDIDA» (1903)

Novela publicada en 1903 en la que narra el medio rural del concejo asturiano de Laviana en el que el autor nace en 1853. Se hace mención de los cambios en modos de vida, usos y costumbres que se producen en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la creciente explotación de minas de carbón. El paso de una sociedad rural a una economía basada en la minería, el contraste entre los defensores de la sociedad tradicional y los partidarios del progreso, los problemas sociales (alcoholismo, incremento de la delincuencia) y de medio ambiente (aumento de la contaminación) son algunos de los temas que trata la novela, que también es útil para conocer el consumo y sus modificaciones entre campesinos y mineros, según clases sociales, etc.

Las referencias al consumo alimentario son frecuentes en todo el texto para señalar diferencias territoriales y sociales. Por ejemplo, se apunta la vida difícil de la pareja de colonizadores de Braña que se dedicaron él a roturar terreno comunal, plantar avellanos, construir madreñas, y ella a cuidar ganado, hilar, fabricar quesos y mantecas que vendía los jueves en Pola, «y sin permitirse ni uno ni otro el más insignificante regalo, ni una copa de aguardiente, ni una onza de chocolate» (p. 65). Este austero modo de vida les permitió convertirse en los más ricos de la parroquia de Villoria con más de treinta cabezas de ganado mayor, campos extensos, castaños y gran número de avellanos y, con el paso del tiempo, incluir en su dieta jamón añejo, queso fresco y sidra espumosa e invitar a las visitas con estos productos, chorizo y pan de escanda.

Se apunta el contraste entre la alimentación de los mozos del valle, más ricos y que comían truchas del Nalón, carne de ternero y bebían vino de Toro y los de las zonas altas que se alimentaban fundamentalmente con castañas, suero de leche y borona, si bien esta última era un alimento básico en todas las caserías rurales asturianas. Frecuentemente se hace mención a que los labradores ricos no se criaron con nabos y castañas sino con torreznos de jamón y cecina, capones asados, truchas salmonadas, judías con morcilla y lacón, empanada de anguilas, pan de escanda, sidra del lagar propio y vino de Toro, traído por los arrieros por el puerto de San Isidro.

Para las fiestas y bodas aumentaban los gastos y se diversificaba la dieta: se mataban corderos, pollos y gallinas, se cazaban perdices y se pescaban salmones y truchas en abundancia y llegaban tenderos y vendedores de vino y sidra que se alojaban en casas particulares. Cohetes y bailes amenizados con gaita y tambor completaban las jornadas festivas, en las que algunos vecinos bebían hasta cuarenta «culines» de sidra.

Estos hábitos se estaban transformando por causas diversas. Sirva como ejemplo el de Celso, quien había estado tres años en Sevilla cumpliendo el servicio militar y se inclinaba por los productos que había conocido durante este periodo: gazpacho, poleás con azúcar, aceitunas aliñás, naranjitas y mojama, y odiaba los puches de harina de maíz, el pote de nabos, las castañas y, en general, todos los alimentos de la tierra, que consideraba harto groseros para un paladar meridional (p. 59). La gustaría ir a Sevilla a tomar cañitas de manzanilla, pescado frito, aceitunas y alcaparrones.

Palacio Valdés nos facilita también información sobre el vestido de los habitantes de Laviana. Los mozos vestían calzón corto, chaleco y montera de pico aunque hay excepciones como Celso que utilizaba el pantalón largo que había traído del ejército. En las fiestas, los campesinos más pudientes llevaban traje de ciudadanos con pantalón largo y sombrero de fieltro, y excepcionalmente alguno iba con frac, chaleco, pañuelo de seda al cuello, pantalón ceñido con trabillas y sombrero blanco de copa alta (p. 115). Las mozas acudían a la fiesta con justillo, dengue de pana, saya negra de estameña, media blanca, zapato de becerro fino, pañuelo de seda azul, pendientes de aljófara (traídos de Oviedo) y tres sartas de corales al cuello (p. 112). Las campesinas pudientes utilizaban en la fiesta dengue de terciopelo, saya de fino merino, zapatos de tafilete, medias de seda, collares de piedras preciosas y pendientes de diamantes.

El interés mayor de «La aldea perdida» radica en las referencias que hace del paso de una sociedad cerrada con una economía de subsistencia a una sociedad de consumo. Los contrarios a los cambios alegan: «Hasta ahora hemos vivido a gusto en este valle sin

minas, sin humo de chimeneas ni estruendo de maquinaria. La vega nos ha dado maíz suficiente para comer borona todo el año, judías bien sabrosas, patatas y legumbres no sólo para alimentarnos nosotros, sino para criar esos cerdos que arrastran el vientre por el suelo de puro gordos. El ganado nos da leche, y manteca, y carne si la necesitamos; tenemos castañas abundantes que alimentan más que la borona y nos la ahorran durante muchos días, y esos avellanos que crecen en los setos de nuestros prados producen una fruta que nosotros apenas comemos, pero que vendida a los ingleses hace caer en nuestros bolsillos todos los años doblones de oro. ¿Para qué buscar debajo de la tierra lo que encima de ella nos concede la Providencia: alimento, vestido, aire puro, luz y leña para cocer nuestro pote y calentarnos en los días rigurosos del Invierno?» (p. 114). Otras alusiones son aún más claramente opuestas al cambio: «El régimen austero, la vida sobria y sencilla... desaparecerán muy presto. Los productos refinados de la industria, las modas y los deleites corromperán nuestras costumbres, debilitarán luego nuestros cuerpos y no quedarán al cabo más que hombres afeminados y corrompidos, miserables sofistas, despreciables parásitos...» (p. 115). Este rechazo de la modernización, del progreso que llegaría con las minas de carbón y el ferrocarril que lo extraería hacia la industria, se realiza aunque se reconoce que iba a suponer una aportación de riqueza significativa por la venta de terrenos para explotar minas, para paso del ferrocarril y en forma de sueldos: «los desgraciados habitantes de esta región que apenas pueden, a costa de grandes esfuerzos, llevar un pedazo de borona a la boca, dentro de pocos días, gracias a la iniciativa de una poderosa casa francesa que va a sembrar aquí sus capitales, encontrarán medios de emplear sus fuerzas, ganarán jornales jamás soñados por ellos. Y con estos jornales se proporcionarán muy pronto las comodidades y los goces que embellecen la vida. Porque el hombre no está destinado a vegetar como un hongo tomando de la tierra lo estrictamente necesario para no fenecer de hambre; tiene otras necesidades. Dentro de nuestro corazón existe un impulso que nos hace apetecer nuevos y variados elementos de vida; cambios incesantes que nos ofrezcan formas más y más interesantes de existencia. ¿Qué sería del mundo si todos nos limitásemos a recibir los usos de nuestros padres y a guardarlos como un tesoro intangible y precioso? Para que el hombre se eleve, para que exista el progreso es necesario que prescindamos de ese respeto exagerado a la costumbre, que no temamos crearnos necesidades. Las necesidades son acicates que sacuden nuestra indolencia» (pp. 136-137). Los partidarios del progreso que suponían las minas «deseaban que aquellos tesoros subterráneos saliesen pronto a la luz; estaban ávidos de que en la Pola, capital del concejo y partido judicial, se introdujesen reformas y mejoras que la hiciesen competir dignamente con Sama, capital del vecino concejo de Langreo. En Sama se encendían por la noche faroles de petróleo para alumbrar a los transeúntes. En la Pola, ni soñarlo siquiera. En Sama se comía carne fresca todos los días. En la Pola, salada todo el año, excepto cuando a algún vecino se le antojaba sacrificar una res y vender una parte de ella. En Sama había ya un café con mesas de mármol. En la Pola sólo algunas tabernas indecorosas. Por último, y esto era lo que causaba más admiración y envidia entre nosotros, en Sama se había abierto recientemente nada menos que un paseo con docena y media de castaños de Indias puestos en dos filas y ocho o diez bancos de madera pintados de verde, donde los particulares se repantigaban todos los días para leer las gacetas de Madrid. Para llegar a tal grado de civilización era necesario que los lavianeses aunaran sus esfuerzos» (pp. 134-135).

El progreso debía implicar cambios en la alimentación: «brindo... porque en breve plazo quede desterrado del hermoso valle de Laviana ese manjar feo, pesado y grosero que se llama borona. No podéis imaginar con que profunda tristeza he visto a los pobres labradores alimentarse con ese pan miserable. Entonces he comprendido la razón de su atraso intelectual, la lentitud de su marcha, la torpeza de sus movimientos, la rudeza de todo su ser. Quien introduce en su estómago diariamente un par de libras de borona no es posible que tenga la imaginación despierta y el corazón brioso. Procuremos todos, en la medida de nuestras fuerzas, que pronto desaparezca de aquí, o al menos se relegue a su verdadero destino, para alimento de las bestias, que pronto se sustituya por el blanco pan de trigo. Con él, no lo dudéis, despertará la inteligencia, se aguzará el ingenio, crecerán los ánimos y, por fin, entrarán en el concierto de los hombres civilizados los habitantes de este país» (pp. 137-138).

La borona sería sustituida por una dieta más variada como ya se consumía en otros lugares: «pasar toda la vida con borona, leche y judías era bien duro. Puesto que debajo de los pies tenían el dinero necesario para procurarse algunas comodidades, ¿por qué no recogerlo? En otras partes los jornaleros comían pan blanco, tomaban café, bebían vino, y en vez de aquellas camisas de hilo gordo que ellos gastaban se ponían a raíz de la carne unas camisetas de punto suaves, suaves como la pura manteca» (pp. 159-160). Los niños compartían la opinión de sus padres: «éstos les prometían comprarles un tapabocas y unas botas altas, como gastaban los mozalbetes de Langreo, así que ganasen por sí mismos algunos cuartos. Con tal perspectiva no les arredraba bajar a la mina. Hasta preferían esto a la escuela, orgullosos de la precoz independencia que su calidad de obreros les proporcionaba» (p. 160).

Los mineros trajeron nuevos usos y costumbres como las blasfemias, la utilización de navajas e incluso pistolas para dirimir sus disputas en vez de los garrotos tradicionales y, sobre todo, potenciaron el aumento del alcoholismo, siendo necesario el incremento de las importaciones de vino castellano. Asimismo, aumentó la conflictividad social y el rechazo al orden establecido: «las pocas veces que algún negocio me lleva a Oviedo, al atravesar la comarca de Langreo, mi pantalón de trabillas, mi frac, mi sombrero de felpa y el pobre rucio que monto, excitan la risa de aquellos mineros. Desde sus viviendas suntuosas de unos hombres de la nada, hijos de labriegos y menestrales, me señalan con el dedo a sus vecinos, haciendo escarnio de mi figura y mi pobreza» (p. 205).

4. CASONA, ALEJANDRO: «LA DAMA DEL ALBA» (1944)

Esta obra de teatro fue estrenada en Buenos Aires en 1944. En ella, Alejandro Rodríguez Álvarez (nombre real de Alejandro Casona) hace una remembranza de los paisajes de su infancia en Asturias. A diferencia de las restantes obras que sirven de base a este artículo (todas novelas), ofrece más diálogos y menos descripciones por lo que las citas textuales son más escasas.

En el primer acto ubica la obra en una casa de labranza del Principado, de sólida arquitectura de piedra encalada y maderas nobles, de dos pisos, con corral... En la cocina hay una gran «chimenea de leña ornada en lejas y vasares con lozas campesinas y el rebrillo rojo y ocre de los cobres. Apoyada en la pared del fondo una guadaña. Rústicos muebles

de nogal y un viejo reloj de pared. Sobre el suelo, gruesas esteras de sogá. Es de noche. Luz de quinqué» (pp. 37).

Los anteriores datos nos sitúan en una familia acomodada que tiene criada que realiza las tareas domésticas como hacer pan candeal, torrijas al huevo, hojuelas de azúcar, servir leche en las escudillas de los miembros de la familia, etc. También enseña a una joven a elaborar otros alimentos como torta de maíz con miel encima y una hoja de higuera debajo para que no se pegue en el horno. Entre las tareas de la criada también figuraban desgranar arvejas, la labor de calceta, etc. El fuego para calentar la casa se alimentaba con leña y brezo secos.

Los vecinos de la aldea trabajaban las viñas (muy escasas en Asturias salvo en Cangas del Narcea), la cría de vacuno de carne y en las minas de carbón. Comercian con Castilla, trayendo ganados o renuevos para las viñas. El transporte y los viajes se hacían en yeguas.

Además del doméstico, Casona hace alguna mención a otro tipo de consumos menos habituales como bodas o fiestas, en las que se aumentaban y diversificaban los gastos. La boda era una «fiesta grande, con gaita y tamboril, por todos los senderos bajaban parejas a caballo adornadas de ramos verdes, y los manteles de la merienda cubrían todo el campo (...). Soltaron a chorro los toneles de sidra» (pp. 49).

Por San Juan se celebraba fiesta y los mozos ponían ramos de roble, acebo y laurel o espino y cerezo adornados con cintas de colores en la ventana de la pretendida. Para la fiesta hacían hogueras tras recoger leña donada por los vecinos, el alcalde o los mineros. Para la fiesta vestían todos sus mejores ropas. La criada no duda en afirmar «viva el lujo y quien lo trujo» (pp. 97) y pregunta a las mozas y mozos si dejaron ropa en el arca o la llevan toda encima. Una joven le responde: «un día es un día. No todo va a ser camisa de bombasí y refajo amarillo» (pp. 97). Llevaban «zapatos de tafilete, saya y sobresaia, juboncillo bordado y el mantellín de abalorios. ¡Todo el año hilando para lucir una noche» (pp. 97). La madre va «vestida de fiesta, con la severa elegancia del señorío labrador. Trae la cabeza cubierta, un cirio votivo y un pañolón al brazo» (pp. 101).

Aunque se trata de un autoconsumo propio de zonas rurales en las que sólo se sobrepasa el habitual en fechas muy señaladas, Casona también nos apunta que la picaresca había llegado a la pequeña aldea y repercutía negativamente en los consumidores: en la taberna del pueblo el vino se aguaba (pp. 81).

5. CABEZAS, JUAN ANTONIO: «LA MONTAÑA REBELDE» (1958)

Esta novela, finalizada en julio de 1958, obtuvo el premio Gabriel Miró del Ayuntamiento de Alicante en 1959 y apareció publicada en 1960. Ambientada en la braña de Busmaría en el concejo de Somiedo a la que el protagonista (de 28 años) se traslada en abril de 1935 para ejercer de médico y de la que eran oriundos sus antepasados. Narra las vivencias de los habitantes de la braña de alzada entre 1935 y principios de los cuarenta, en un periodo muy condicionado por la guerra civil, pero también lo compara con el modo de vida en Madrid, Oviedo, etc.

Su padre había emigrado a Madrid a comienzos de siglo, periodo en el que los vaqueiros trabajaban en la capital en mantequerías, tabernas, como serenos o acaparaban la

comercialización de carbón y carne. Antes había sido arriero: en verano vivía en la braña cuidando tierras y ganados y en invierno transportaba en mulas viajeros, pescado y manzanas hacia Madrid y regresaba con pellejos de vino, garbanzos, botas, telas, mantas de Palencia y otras mercancías que vendía en las brañas o cambiaba por productos de la tierra. Al casarse con una xalda tuvo que emigrar a Madrid donde trabajó en una carbonería que servía también de cocina donde preparaba sopa, garbanzos y compango con «jamón, tocino y chorizos de la braña de Tineo, porque para él los de otra procedencia <no tenían sustancia>» (pp. 56). La mejora económica le permite hacerse con varias carbonerías y que su hijo estudie medicina. En los primeros años treinta, los domingos comían en alguna taberna, solían ir a la zarzuela o al cine a ver películas del Oeste. Se separaban cuando el padre prefería ir a los toros y el hijo al fútbol (pp. 59).

Con frecuencia hace breves referencias a las deficiencias de servicios del Principado. Cuando se traslada de Oviedo a Pola de Somiedo lo hace en un destartado autobús por mala carretera. En Pola sólo había una fonda con muebles de principios de siglo, lavabos muy elegantes pero sin grifos de agua corriente. Tras una semana en Pola, «comprendí que al dejar la cama limpia y blanda de la fonda renunciaba voluntariamente a las últimas comodidades que me ofrecía la civilización. Rompía con el siglo. Me decidía por la montaña, como por la austeridad de una cartuja» (pp. 42). Llevaba dos maletas, una de ropa y otra de libros. Para hacer el trayecto Pola-Busmaría a caballo se viste un traje de montar color caqui, polainas de banda, gabardina impermeable y un gorro pasamontañas que había comprado en Madrid.

Las deficiencias eran mucho más acusadas en la pequeña braña, en cuyas viviendas convivían las bestias y los dueños, el transporte era a lomos de equinos, la lumbre se atizaba con leña y la luz la proporcionaban candiles. Los únicos servicios eran un sastre, que llegaba todos los veranos a la braña y cosía trajes varios días en cada casa, y madreñeros y maestros, contratados en verano y que cobraban la mitad de su sueldo en dinero y la otra mitad en especie. Para equipar la casa, vacía desde la muerte de su abuelo hace diez años, el médico encarga a Pola dos camas turcas con sus ropas y colchones, un armario, una mesa, media docena de sillas, platos, cubiertos y algún otro utensilio. Cuando, ocasionalmente, se traslada a Oviedo compra ropa interior, zapatos, un traje, y equipamientos para el hogar como bañera, water, cocina de carbón, cristales, azulejos, cemento, etc. También de Oviedo lleva los fontaneros y electricistas para realizar las obras.

La llegada de avances como la cocina de carbón de piedra, lavar con agua caliente sin salir de casa o coser con luz hacía exclamar a la criada del médico: ¡esto es vivir! (pp. 159), despertando su espíritu consumista. Tras finalizar la guerra, con la luz llegaron a la braña dos de los grandes adelantos técnicos que impactaron a los vaqueiros: la radio y los rayos X. Por su condición de recién llegado a la braña conservaba, al mismo tiempo, los muebles y utensilios de sus antepasados: arcón, masera, payecha, zurrón, quesera de barro, un almirez de cobre y un candelil bien limpio y colgado en la pared.

Sin duda, las referencias más abundantes al consumo de los vaqueiros se refieren a la alimentación, lo cual parece muy lógico en una economía rural muy cerrada y de auto-subsistencia. El vecindeiro que cuidaba de la braña de Busmaría le prepara como cena, el día de su llegada, patatas fritas con chorizo, queso artesanal con dulce de manzana y leche recién ordeñada. Por el aislamiento invernal de la braña, llevaba un mes sin vino. Al día

siguiente, el desayuno incluyó nata casera con miel y torta caliente, un verdadero manjar vaqueiro (pp. 24). El vecindeiro también amasaba tortas de pan con una mezcla de harina de maíz y de escanda y la cocía sobre una piedra en el trébede. Luego la mezclaba con miel y mantequilla para el desayuno, que completaba con un torrezno y una escudilla de leche caliente y «después de aquel desayuno me sentía con calorías suficientes para echarme a cazar lobos por las cumbres nevadas» (pp. 46).

Los desayunos y comidas eran siempre fuertes. En unas ocasiones, bocadillos de cecina y borona preñada (bollos de maíz y escanda con chorizos, lacón, lomo, torreznos o tocino en el interior) y, en otras, farrapes (gachas de harina de maíz con chorizo y manteca de vaca) (pp. 91). De postre tomaban miel, queso, chocolate y/o café, galletas o bollos dulces de escanda. La dieta se completaba con la caza de garzas, jabalíes, etc.

Ocio y buena alimentación solían ir estrechamente unidas. El tiempo de ocio los hombres lo ocupaban en jugar a los bolos o al tute unas rondas de vino. En fiestas como la inauguración del lavadero y abrevadero se comía jamón, chorizo y queso, pan de tahona y se bebía vino en abundancia (pp. 187). La fiesta posterior a un bautizo tuvo dos partes: la gastronómica y la bailable. La comida se centró en golosinas como cuajada amasada con azúcar, natas dulces batidas, freixuelos de miel, quisadielles (empanadillas rellenas con nueces molidas y amasadas con azúcar). Tampoco faltaban rodajas de chorizo ni buenas magras de jamón y cecina. Después de comer llegó el baile porque «la danza sale de la panza» (pp. 117).

En relación con la alimentación también nos narra algunas peculiaridades socioculturales de los vaqueiros. Se estrenó en la braña como médico con un parto y señala que a las parturientas, para reponerse, les daban un fervidillo de «agua hervida con azúcar, una cucharada de miel, otra de mantequilla, ruda y algunas hierbas más» (pp. 67). En los días siguientes, a las recién paridas las vecinas las obsequiaban con pollos, lacones, mantequilla fresca, docenas de huevos, chocolate, etc. En los funerales, después de la misa, se producía un banquete con ternera, jamón, cecina, vino, natas dulces, etc.

Aunque en menor medida que a núcleos mayores como Oviedo, Gijón o Pola de Somiedo, la guerra civil también supuso ciertas limitaciones que obligaban a una dieta basada en patatas y leche. La ausencia de tabaco la suplían algunos fumando orégano envuelto en hojas de maíz. Muchos tenían que refugiarse en cuevas aisladas, dormir sobre colchonetas o camastros hechos con estacas y ramas de roble... Sin embargo, en la braña había grasa y patatas en abundancia y «lo único que faltaba eran escarpines y prendas de abrigo para los no vaqueiros» (pp. 249).

6. BURGUEÑO, G.: «CUANDO MAURO GROUZ VOLVIÓ A CIBEA» (1997)

Gregorio Burgueño Álvarez narra la vuelta de un emigrante (Mauro Grouz) a una pequeña aldea (Cibea) del concejo de Cangas del Narcea. Ya anciano, rememora los modos de vida de los emigrantes de la zona y de los escasos campesinos que quedan, a lo largo de buena parte del siglo XX. Recuerda su infancia cuando iba caminando a la escuela con libros, una pizarra en la mano y alguna manzana en el bolsillo. Estas horas de escuela las compartía con las tareas rurales hasta que, ya un poco mayor, tuvo que emigrar por no ser el primogénito de la familia, éxodo en el que «no llevaba ambiciones económicas, al menos

ahora no lo recordaba así. En todo caso hubiera sido una ambición inconcreta. Entonces sólo se ambicionaba tierra, y él no era propietario por destino» (pp. 8). A su regreso, las cosas habían cambiado mucho: si en otros tiempos ser mayorazgo era un privilegio, ahora se había convertido en una maldición que incitaba al éxodo de todos los hijos.

Algunos campesinos compatibilizaban los rendimientos de pequeñas explotaciones con otros ingresos o percepción de rentas de emigrantes que, poco a poco, iban perdiendo valor. Cada vez resulta menos atractiva la vida en la aldea «a pesar de que ahora todas las casas disfrutaban de nevera, televisión, incluso automóvil, a pesar de que la alimentación ya era variada y de que las modas llegaban con la misma rapidez que a las capitales (...). El trabajo del campo se había dulcificado. Los brazos y el enorme esfuerzo que había supuesto aquel tipo de explotaciones lo suplían ahora los tractores, las segadoras y todo tipo de ingenios y maquinarias... Pues bien, a pesar de todo eso el campo estaba maldito para ellas, y en realidad para todo el mundo» (pp. 17). Casi solo viven en estas explotaciones ancianos que se resisten a abandonarlas, pese a su mínima rentabilidad, y trasladarse a una ciudad a vivir con sus hijos o en una residencia. Burgueño describe el contraste entre el modo de vida de estos aldeanos del suroeste asturiano y el de los habitantes urbanos: Mauro regresa solo, una vez jubilado y viudo, tras transmitir a sus hijos sus negocios: «había vuelto para ser el fantasma solitario de un castillo lleno de recuerdos congelados. No pudo por menos de sonreír pensando en cualquiera de sus hijos habitando aquella casa, con sus mujeres modernas, pendientes de la moda de París o de Roma, que se iban a Nueva York a ver una ópera, que no siempre entendían. ¿Y sus nietos? Si iban a un hotel, tenían que saber antes si había campo de golf, o pistas de tenis, o si se podía practicar la pesca de altura, arrojándose de toda la banalidad al uso con que se recubre gran parte de la juventud, ¡y aún de la madurez!» (pp. 31-32).

A lo largo de la obra se hace frecuente mención a los contrastes temporales en el consumo y modo de vida cuando algunos ancianos recuerdan su dura infancia. Por ejemplo, Elisa, que rondaba los noventa años y que había pertenecido a una familia con pocas fincas, lo que había obligado a sus hermanos mayores a emigrar (nunca llegó a conocerlos) y a su padre a trabajar como jornalero en algunas explotaciones mayores y también paleando nieve en las carreteras durante el invierno para que sobreviviera la familia: «siempre de sus bolsillos se podía esperar un trozo de cecina o de chorizo cocido que el pobre padre había reservado de su comida para su hija, como desacostumbrada golosina, fuera de la rutina del potaje de berzas y la leche migada, y las papillas de maíz con escasas variaciones a lo largo del año» (pp. 251). Como contraste, uno de sus nietos, al que no veía desde que había emigrado hacía catorce años, le explica que se va a separar de sus socios con los que explotaba una casa de comidas en Madrid y montar una pizzería, «porque ahora la gente no iba a comer a casa, y además no le daba mucha importancia a que la comida fuera muy buena, porque lo que querían era comer rápido y barato» (pp. 254). Burgueño apunta las causas de estos cambios en el medio urbano: comidas baratas fuera de casa, escasez de tiempo, traslado en coche con el consiguiente gasto de gasolina y dificultad para aparcarlo y trabajo de la mujer fuera de casa.

Aunque el protagonista recibía diariamente los periódicos, cada vez los leía menos porque prefería contemplar la naturaleza y «quería también librarse de la tiranía de la publicidad, que ofrece con toda frivolidad paraísos, que adula, que atemoriza, que secuestra la

libertad personal, que tergiversa y embauca, con el más absoluto de los desprecios al individuo y a su libertad de elección» (pp. 45). La visión idílica del medio rural que tenía Mauro contrasta con la de los campesinos pese al uso continuo de «las máquinas que manejaban, para cortar leña, para segar hierba, para hacer senderos, para moler, para amasar, siempre las máquinas, los tractores, por doquiera motores, ruidos extraños. No sólo había llegado el consumismo, sino también, unido a él, este maquinismo desenfrenado, esta carrera sin retorno hacia la máquina más rentable, que dejaba inservible la anterior, antes incluso de haberla amortizado, y el descontento y la insatisfacción continua y permanente. El 'esto no da', la misma insatisfacción que puede tener un industrial con su factoría o un banquero con su banco. 'Esto no da', y se olvidan de añadir por lo general '...lo que yo quisiera que diera...'» (pp. 46-47). El texto anterior certifica la llegada del consumismo al medio rural asturiano que en obras anteriores sólo afectaba a los que trabajaban en la mina con buenos salarios.

Este consumismo no implicaba cambios sustanciales en la alimentación que se basaba en productos propios: leche, queso, mantequilla, embutidos y poca verdura porque «no nos sirve para estos trabajos; es más comida de señoritos. Para subir por estas cuestas es mejor comer carne que lechuga» (pp. 49). Estas limitaciones se daban también con las bebidas: «aquí con esta niebla y este frío no va el champán. Quizá tienes otra bebida más apropiada. No salimos de la ópera de París. Se oyen los mugidos del ganado, de vez en cuando viene un olor a estiércol. Es la naturaleza sónica y aromática de Cibeá. Necesitamos algo menos sutil. Un vino fuerte y aromado, por ejemplo» (pp. 77-78).

Tradicionalmente comían carne de cerdo y cabra, recién sacrificados o en forma de embutidos. Tras la llegada de los frigoríficos se empieza a comer carne de vaca que hasta entonces sólo era consumida, tras repartirla entre los vecinos, cuando alguna se mataba en el monte» (pp. 103). Pocos amasaban ya pan de trigo y centeno: «la gente prefiere comprarlo al panadero» (pp. 230-231) y sólo hacen, de vez en cuando, bollos rellenos con chorizo. Prácticamente toda la ropa la bajaban a comprar a Cangas, la capital municipal (pp. 199-200).

Algunos cambios en los modos de vida venían propiciados por modificaciones en los hábitos de consumo. Ya no se madrugaba como antes porque «también en Cibeá la televisión se había adueñado del tiempo de las gentes, había disgregado las tertulias y los filandones, y derramaba sobre todas las atenciones su mercancía de anuncios, concursos y sucesos, haciendo que todos se acostaran tarde, lo que significaba también levantarse tarde. Ya ni el bar se abría temprano para servir a los pocos madrugadores, porque además todos, quien más y quien menos, tenían la bebida al alcance de la mano en la alacena o en la nevera» (pp. 106).

El éxodo rural, y la consiguiente reducción de ventas, conduce al cierre del bar que, además, era tienda, almacén de piensos, etc., y que llevaba más de un siglo funcionando para ofertar café, galletas, bizcochos, conservas, plantas para la salud, granos, vinos, madera, etc., además de ser el lugar de reunión de los vecinos de la aldea.

Los mayores dispendios corrían a cuenta de los descendientes de emigrantes como los Pando: tenían dinero para vivir con las neveras llenas y no exigían mucho más. Sobre la antigua casa habían erigido una más moderna, provista de todos los artilugios del confort al uso, que utilizaban para sus vacaciones, también como base o club de cazadores e incluso

como matadero, ya que en ella realizaban matanzas al estilo de antes y elaboraban los tradicionales embutidos, con los mismos procedimientos y recetas que antaño. Cuando los Pando llegaban o se marchaban del pueblo, causaba expectación la caravana de cinco o seis coches a la que se añadía siempre el de algún invitado; todos los vehículos rivalizando en tamaño y en marcas. Era como la llegada o la salida de algún 'rally' de moda» (pp. 157).

Como en otras obras anteriores, también se hace mención al elevado consumo de bebidas por los mineros: «si meten aquí a cuatrocientos mineros, al poco hay cuatrocientos bares (...). Estos son bebedores y bebedores mueren» (pp. 188).

7. CONCLUSIONES

Aunque las fuentes literarias usadas en este trabajo no permitan una cuantificación del consumo de los habitantes del Principado si nos posibilitan realizar un repaso cualitativo del mismo a lo largo del último siglo y entender mejor las posibles cifras que se mencionen en otro tipo de fuentes. Nos facilitan, asimismo, una lectura social y cultural sobre la visión que los asturianos han ido teniendo del consumo y los condicionantes que en cada momento han afectado a su actitud como consumidores: autoconsumo en las zonas rurales aisladas, aumento del poder adquisitivo con la explotación minera, problemas de abastecimiento en la guerra civil y postguerra, éxodo rural y urbanización, mecanización de las tareas domésticas y rurales, etc.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L.E. y CONDE, F. (1994): *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 254 págs.
- BIELZA DE ORY, V. (1976-77): «El tema del consumo en la Geografía», *Papeles de Geografía*, 7, pp. 91-112.
- BURGUEÑO ÁLVAREZ, G. (1997): *Cuando Mauro Grouz volvió a Cibeá*, Gijón, Júcar, 301 págs.
- CABEZAS, J.A. (1960): *La montaña rebelde*, Madrid, Espasa Calpe, 367 págs.
- CARRERAS, C. (1988): «Paisaje urbano y novela», *Estudios Geográficos*, 191, pp. 165-187.
- CARRERAS, C. (1998): «El uso de los textos literarios en Geografía» en GARCÍA BALLESTEROS, A. (Coord.): *Métodos y técnicas cualitativas en geografía social*, Barcelona, Oikos Tau, cfr. pp. 163-176.
- CASONA, A. (1996): *La dama del alba. La sirena varada. Nuestra Natacha*, Madrid, Edaf, 257 págs.
- CLARÍN (ALAS, L.) (1972): *La Regenta*, Madrid, Alianza, 678 págs.
- FEO PARRONDO, F. (1999): «La necesaria armonización de las estadísticas sobre consumo en la Unión Europea», *Calidad de Vida*, 29, pp. 29-31.
- FEO PARRONDO, F.: «Fuentes para la Geografía del Consumo en España» (en prensa).
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza, 123 págs.
- PALACIO VALDÉS, A. (1991): *La aldea perdida*, Madrid, Espasa Calpe, 354 págs.

